



Godofredo Daireaux

La galera

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Godofredo Daireaux

La galera

«¡Ya viene, ya viene!» y la bandada de chicuelos haraposos, descalzos, sucios y mal peinados, se vuelve gritando y corriendo de la orilla del camino hasta el rancho. Sale una mujer gorda, vestida de percal nuevo que huele a cola y suena como pergamino, a cada paso que da. Las manos llenas de bultitos envueltos en pañuelos de algodón azul a cuadros, se aproxima al camino real y con un gesto entre majestuoso y enojado, les dice a los niños que siguen gritando como teros: ¡«Pero, callensen, muchachos!»

Efectivamente, se divisa a lo lejos un bulto grande de aspecto algo extraordinario, que se aproxima rápidamente, entre una espesa nube de polvo; y cuando viene llegando, media docena de perros echan a correr por delante de los caballos y por detrás de la máquina, ladrando como desesperados, y desafiando los latigazos, que de lo alto, les dirige el mayoral. Se paró la galera, a la señal que hizo la señora gorda, y los seis caballos jadeantes, entre una verdadera neblina de vapores, respiran; más bien dicho, soplan como fueles.

¡Qué oficio, señor, el de caballo de galera! No hay duda que deben ser las almas de los hombres que, en vida anterior, maltrataron animales, los que están sufriendo ahora semejante suplicio.

Pero, ¿y el oficio de viajero en galera, no será peor?

Puede ser.

El mayoral ha bajado rápidamente y, abriendo la portezuela del coche, hace subir la señora.

Grito contenido de horror, entre los siete pasajeros que ya están encerrados en el instrumento de tortura.

La «Protegida del Desierto», -así se nombra, y así lo tiene pintado en el exterior de su caja amarilla,- tiene la pretensión de dar sitio en sus bancos implacables, a ocho personas, sin contar las que en racimos apiñados o colgantes, se colocan entre los baúles, valijas, bolsas y demás objetos que pueden cargarse en su techo de zinc.

Hay que resignarse: mal que mal, entre pisotones y apretones, risas y bromas campestras, fuertemente condimentadas, acaba por colocarse la señora gorda del rancho. ¡Pobre percal!

Y ya sonó el látigo, y los lastimosos y lastimados mancarrones han vuelto a partir a todo galope. Faltaba legua y media, la mitad de la posta. ¡Valor y coraje! Y si les viniera a faltar, aquí está el terrible, el incansable látigo. «Tiene buen látigo,» elogio supremo de las aptitudes especiales del mayoral de galera.

En el interior del coche, con los socotrocos del camino, se va emparejando la carga, entrándose los ángulos en las redondeces, con las tremendas y continuas sacudidas de los elásticos, y poco a poco, la conversación se hace general.

Difícil es que entre ocho personas de la campaña, no haya por lo menos dos que se conozcan, y cuatro que conozcan a algunas de las que conocen las primeras; de modo que pocos intrusos quedan, en esa efímera familia, formada por una comunidad íntima de padecimientos, y después de media hora de viaje, todos son como hermanos, o por lo menos, primos.

Al llegar a la posta, todos se bajan a desentumecer las piernas, ayudando al mayoral y al postillón a agarrar otros seis mancarrones flacos, para reemplazar a los anteriores que, en libertad ya, y agraciados cada uno con un cuerazo en la grupa o un puntapié en la panza, se revuelcan en el camino, antes de ir a buscar por allá una mantención raquítica, en perfecto desacuerdo con el esfuerzo matador que acaban de hacer.

No hay mal que no se acabe; pero hay males que duran mucho, y, entre ellos, ninguno como un viaje nocturno en galera.

Asimismo, al llegar a su destino, molido, deshecho, rendido, el viajero debe pagar a su verdugo el precio del suplicio, despedirse de sus compañeros como de viejos amigos que no volverá quizás, a ver, felicitándose del gusto que ha tenido en pasar con ellos tan agradables ratos; y si no ha perdido el tren, si la galera no ha volcado, rompiéndole algún hueso; si no ha quedado toda la noche empantanada en un bañado, debe, de yapa, dar las gracias a Dios que lo ha salvado de mil peligros.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo